

GETSEMANÍ – (Mateo 26:36-46)



Encontraremos a Jesús aquí cuando contemplemos lo que pasó en el Huerto de Getsemaní hace mucho tiempo. En una roca el Hijo de Dios se arrodilló en agonía de muerte. Débil como un manso cordero que es atacado por una fiera salvaje, aun así luchó como un león contra el infierno, y de este modo contra Satanás, contra la muerte y el pecado, aun sudando sangre (Lucas 22:44). Fue una lucha de vida o muerte. El destino de la humanidad, de sus hijos, que Él amaba intensamente, estaba en peligro. Él anhelaba arrebatárselos a Satanás.

Las palabras pronunciadas por Jesús durante la batalla revelaron Su corazón. No eran palabras de desconfianza y rebelión contra Dios, sino palabras profundamente conmovedoras fueron las que surgieron de los labios de Jesús en respuesta a todo el tormento que Dios permitió que Jesús soportara.

“Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía.” Con una confianza como la de un niño, Jesús entregó su voluntad a

Dios. Ésta fue el arma con la cual venció al Príncipe de la muerte y salió de la batalla como Vencedor. Hoy, en nuestro mundo de tinieblas, dominado por Satanás, donde estamos atrapados en luchas, temores y tentaciones, encontraremos a Jesús, el Señor vivo y vencedor, si usamos la misma arma, una confianza como la de un niño y la entrega de la voluntad de Dios. Por eso es vital que pronunciemos al orar, las palabras de Jesús: “Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía.” Estas palabras contienen el poder para vencer en la tentación y en el sufrimiento.



“Padre mío, si es posible, pasa de mi esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”.... Mateo 26:39.

Oh Jesús, en la oscuridad de la noche y en el dolor Tú dijiste estas palabras de entrega y confianza en Dios el Padre. En gratitud y amor yo diré contigo en mis horas de temor y angustias: “Padre mío, no te entiendo, pero confío en Ti”.

(Texto de una placa sobre una roca situada debajo de uno de los antiguos olivos en el Huerto de Getsemaní)